

## 12. LA CONJURA DE LA CRUCIFIXIÓN

*Conducían también a otros dos malhechores para ejecutarlos con Él. Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí; y a los malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda.*  
(Lucas, 23:32-33)

La redescubierta felicidad de Bertie Senior no duró mucho. No fue por la última muerte espeluznante de su hijo Bertie, algo que se tomó con filosofía, sino por algo que le afectaba mucho más de cerca. Una noche descubrió a tres de sus nuevas esposas divirtiéndose lascivamente con unos consoladores en una mano y copias de su cuenta bancaria en la otra, y llegó a tres conclusiones, muy a su pesar: primera, que tal vez no era el gran amante que había creído ser; segunda, que los consoladores eran una conspiración internacional contra el sexo masculino; y tercera, que las jóvenes mujeres sólo se habían casado con él por su dinero. Por suerte, no habían sido *sellamientos*, matrimonios en el Templo (que eran para toda la eternidad), así que se libró de ellas en seguida. De modo bastante literal, según algunas malas lenguas.

Esta desafortunada experiencia naturalmente le hizo cuestionar la validez de la fe mormona. Había sido, decidió, demasiado impaciente al convertirse tan rápidamente. No sólo el nivel de la cocina de la madre de Bertie había descendido en vengativa relación al número de esposas que tomaba, también había sentido dolores agudos en el pecho un par de veces. Podrían haber sido el resultado de su renovada actividad marital, pero también podrían ser, se temía, una Señal, un silbido de aviso de la guadaña de la Muerte. Era el momento de buscar otra vez una aguja por la que cupiera un camello.

Yo tenía un miedo terrible a que nos mandase a observar los orígenes de otras religiones. No me apetecía nada de nada. ¿Cocernos en el desierto arábigo con Mahoma? ¿Morirse de hambre con Siddhartha Gautama? ¿Discutir los secretos proféticos de las pirámides con Charles Taze Russell (antes del fin del mundo en 1915, obviamente)? ¡No, gracias!

Pero nos salvamos de eso. Decidió quedarse con la religión que conocía.

—Todavía no sabemos si hay alienígenas o no—reflexionó una tarde, mientras mirábamos desde su despacho a la ciudad que prácticamente poseía— pero puede que no sea tan importante después

de todo. Hay todavía una pregunta más grande. A pesar de los engaños de Moroni, sabemos que hay un Creador, porque Caín lo conoció realmente, y tú dijiste que puede que incluso lo hayáis visto persiguiendo a Adán. Pero, ¿qué hay de la historia de Jesús? En concreto, ¿la Crucifixión y la Resurrección?

Sabía lo que quería decir: ¿se había sacrificado Jesús por *todos* los hombres, incluso los magnates podridos de dinero como él, cuya vida había sido tan pura como la nieve que pasa por una chimenea?

También me imaginaba a dónde nos llevaba todo esto. Tenía un presentimiento muy malo.

Si, como sospechaba, éramos al menos parcialmente responsables de los misterios que estábamos resolviendo, ¿no podría ser que también fuéramos responsables de algún modo por la muerte del Hijo de Dios si íbamos a investigarla?

Y si lo éramos, había Alguien que podría tomárselo bastante mal. El mismo Alguien que, hasta donde yo veía, se había pasado la mayor parte del Antiguo Testamento tomándose las cosas bastante mal. Oriente Medio sigue sin ser un sitio muy poblado.

Presenté una cantidad tremenda de razones irrefutables de por qué no deberíamos ir a ese lugar en concreto en ese momento en concreto. Bertie Senior me escuchó con la atención habitual.

\*\*\*

No quería ser acusado de enviarnos a rodar la Crucifixión simplemente por sensacionalismo. Todo el Programa, después de todo, se basaba en la idea de resolver viejos misterios. Así que, además de descubrir si la Crucifixión había sucedido realmente, nos dijeron que tratáramos de resolver el misterio de los dos ladrones.

San Lucas dice que uno de los ladrones que fueron crucificados con Jesús creía en él, y dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino». Y que Jesús contestó: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso». Muy entrañable, y la clase de conversación elevada que debería surgir en todas las buenas crucifixiones. Pero resulta que tanto Marcos como Mateo nos cuentan que «también los crucificados con Él le injuriaban». No muy bonito, vaya: bastante deprimente, de hecho.

Así que nuestro primer trabajo era ver cual de las dos versiones era correcta, si es que alguna lo era.

Era bastante significativo, pensé, que Bertie Senior estuviese tan preocupado con el destino de los dos pecadores.

Nuestro segundo trabajo, no obstante, era el importante. Las crucifixiones estaban muy de moda en aquellos tiempos, un modo de que los romanos mostraran su avanzada civilización a los bárbaros que los rodeaban. Seis mil seguidores de Espartaco habían muerto de ese modo a ambos lados de la vía Apia setenta años atrás como prueba de la Ilustración Imperial. Así que ser crucificado no era nada del otro jueves. Resucitar de entre los muertos, en cambio, sí que era, incluso entonces, una cosa bastante ingeniosa. Si pudiéramos mostrar que Jesús realmente se las apañó para hacer ese truquito, eso ayudaría muchísimo a probar que era quien decía ser. Y como nuestros técnicos juraban que habían mejorado la MT lo bastante como para que se pudiese quedar cinco días en el pasado, teníamos bastante seguridad de que volveríamos con una respuesta.

—Oh, y si de paso podéis filmar la Sábana Santa de Turín y el Sudario de Oviedo puede que os dé una bonificación —añadió Bertie Senior, mientras se despedía de nosotros.

Yo no tenía idea de lo que era el Sudario de Oviedo, pero no me sonaba muy agradable, así que decidí olvidarme de esa pequeña tarea.

Fue sólo en el momento en el que la Máquina estaba a punto de despegar que tuve un pensamiento inquietante: si Moroni estaba detrás de la religión mormona, ¿no podría haber estado también detrás de otras religiones? El Islam desde luego no parecía su estilo, no había suficiente parranda. Pero, ¿la historia de Jesús? Cuando pensé en ello, me di cuenta de que podría haber salido de la retorcida imaginación de Moroni; espíritus que dejan preñadas a vírgenes; agua transformada en una popular bebida alcohólica; malos espíritus subiéndose a cerdos suicidas; un salvador al que se lo carga la misma gente que ha venido a salvar; un profeta que actúa como si su cosita fuera sólo un accidente irrelevante. Sí, esta absurda historia tenía sin duda todas las características de un invento de Moroni.

No, no podía ser. Aparté el pensamiento de mí. Me estaba obsesionando.

Lo que NO nos esperábamos era resolver el misterio de las Líneas de Nazca en Perú.

\*\*\*

—¿Así que pensáis que sois los primeros? ¿No os habéis preguntado —dijo Jesús— por qué no había habitación en la posada cuando nací?

Estaba en el patio del fuerte romano, y lejos de estar maniataado, estaba paseándose entre los soldados.

Pues no, no nos lo habíamos preguntado.

—¿Estaba lleno de  *paparazzi*  tratando de conseguir una exclusiva de los Reyes Magos? — sugirió Bertie— ¿O de británicos buscando el sol de invierno?

Si esto os resulta una manera bastante poco apropiada para dirigirse al Hijo de Dios, tened en cuenta que acababan de confiscarnos la Máquina del Tiempo, en el mismo segundo en que nos materializamos, y no sólo eso, sino que cuando la vieron, a la Policía Temporal, que había sido enviada para El Acontecimiento, ¡casi se les cae el casco de la risa, de lo prehistórico que les pareció mi gran invento!

—¡El Doctor Picapiedra, supongo! —se había cachondeado uno.

¡Qué graciosillos, los cabrones! Vale, ellos tenían modelos que se podían doblar y guardar en el bolsillo de la camisa, pero ¿dónde habrían estado sin mi prototipo?

—¡Sólo sois pigmeos sobre los hombros de un gigante! —grité (Jesús frunció el ceño), pero ellos no lo comprendieron: en fin, la cultura ya estaba en crisis cuando nos fuimos: *Hello! Magazine* ya era lectura obligatoria si cursabas estudios superiores.

Tal vez fuera bueno que no me comprendieran. Recordaba lo que sus colegas habían dicho sobre ser capaces de evitar las Paradojas Temporales, y cerré mi recién reconstruida boca.

En cuanto a Bertie, después de sus experiencias más recientes, había muy pocas cosas que le inmutaran.

Jesús me llegaba casi por el sobaco izquierdo, y tenía un inquietante parecido con Engelbrecht el Deportista Surrealista, inmortalizado por Richardson y Hughes. Comprenderéis pues por qué al principio teníamos nuestras dudas sobre sus afirmaciones. Personalmente creo que su corta estatura bien podría explicar Por qué la Piedra se Movi6, pero trataré de eso más tarde.

Jesús no pareció notar el tono de Bertie, de todos modos.

—¡Viajeros en el tiempo, de eso es de lo que estaba lleno! ¡Cientos de ellos! ¡Se supone que habían venido a honrarme a Mí, y van y acaparan todo el alojamiento, y me dejan a mí y al Vientre en un apestoso pesebre!

Me pareció un tanto curioso que se refiriese a su madre como al «Vientre», pero supongo que ese modo de pensar se le habría pegado del Espíritu Santo. Algunas avispas, he leído, tienen un hábito similar de poner huevos en otras criaturas. ¡Y nadie dice lo bonito que es eso, o empieza un culto a la Virgen Hymen6ptera!

«¿Te crees que tuviste una gran audiencia cuando naciste?» dije para mis adentros. «¡Espera al lleno que hay cuando la palmes!». Vale, de hecho, eso era exactamente lo que estaba haciendo, pero yo aún no lo sabía.

Debo admitir que no sentía mucha más simpatía por los otros Viajeros que él. Hasta entonces, había asumido que éramos los únicos Viajeros en el Tiempo del mundo —aparte de la Policía Temporal y, quizás, Moroni— ¡y cuando llegamos allí, el sitio está abarrotado de ellos! Todos de nuestro propio futuro, claro. Los jodidos ingratos podían al menos haber parado *en route*, y haberme mostrado su gratitud dejándome algunas botellas de whisky del futuro lejano.

A diferencia de Moroni, ninguno de ellos parecía prestarle ninguna atención especial a Bertie. A algunos les sonábamos vagamente (bueno, vale, él les sonaba), pero eso era todo. Empezaba a preguntarme si no habría estado equivocado al asumir que Moroni era de nuestro futuro.

En ese momento, un soldado romano pasó por ahí, y sin ningún motivo, le dio a Jesús un empujón de órdago. Indignado, Bertie saltó hacia delante y lo tiró al suelo. Esperaba que fuera golpeado hasta morir por los otros soldados que estaban por ahí, pero sólo se rieron, y uno incluso le ofreció un cigarro.

¿Un cigarro?

—No está mal —dijo Jesús, mientras se levantaba y se sacudía algo de boñiga de oveja seca, y asentía con aprobación al hombre que acababa de empujarle—. Pero se te ha olvidado abuchearme y escupirme en la cara.

Se volvió a nosotros.

—Algunos han captado el espíritu de esto, como veis, ¡pero otros son actores tan malos que va a parecer más un auto sacramental que una crucifixión! Y todavía no hay ni de lejos suficientes soldados. ¿Supongo que no os importará poner os unas falditas y unos cascos, y poner cara aquilina e implacable un rato?

—¿Qué quieres decir, que los soldados no son reales? ¿O sea, soldados de verdad?

—¡Por Dios, no, todos los soldados originales fueron asesinados por una Viajera fundamentalista cristiana que regresó al pasado para Salvarme. Antes de que pudiese explicarle que no necesitaba que me salvaran, los había liquidado a todos con una especie de Rayo Mortal. ¡Típica reacción histérica de mujer! Casi lo arruinó todo. Ahora, la Policía Temporal cachea a todos en el segundo en que llegan, por supuesto.

Como sabíamos, para nuestra vergüenza. Cuando bajamos de la MT, al alba del Viernes, nos habían parado dos Petas, vestidos con uniformes negros, exactamente igual que los que habían traído a Bertie de San Petersburgo (¿por qué no llevan nunca estos tipos rosa o turquesa?).

—¿Aguafiestas o Pervertido? —nos preguntaron.

—No entiendo —dije con tanta dignidad como es posible cuando a uno le levantan por los pies, y después lo sacuden y lo registran. Me confiscaron las cortezas de cerdo.

—La mayoría de la gente que viene aquí o quieren evitar la Crucifixión (sin mucho éxito, por cierto), o regodearse con un poquito de *schadenfreude*.

El registro de pronto se volvió extremadamente —uno diría demasiado— concienzudo.

—¿Qué es esto? —olisqueó uno, con suspicacia—. ¿Por qué está escondido aquí?

—No está escondido —dije, retorciéndome— es... es para mis hemorroides.

No era exactamente cierto, pero no me apetecía explicarles que los cirujanos habían colocado mal un par de elementos menores cuando trataban de recomponernos después de Roswell.

Arrojé de mi memoria un recuerdo tan desgarrador. Jesús dijo:

—El problema es que se ha corrido la voz de que traigo problemas, y hasta la gente local se está escabullendo. ¡No he visto ni a un fariseo ni a un escriba en días! Pilatos también ha estado dándome quebraderos de cabeza, y ha intentado dimitir dos veces ayer. Le preocupa su reputación. He tenido que prometerle un lugar a la diestra del Padre en el Cielo (afortunadamente, nunca se le ocurrió preguntarme cómo de lejos iba a estar de su diestra). ¡Vaya, incluso los espíritus impuros brillan por su ausencia!

Empezaba a pensar que este chico de verdad quería que lo crucificaran.

—Empiezo a pensar que de verdad quieres que te crucifiquen —dije. Normalmente me gusta decir lo que pienso, aunque con frecuencia tenía que hacer una excepción con el padre de Bertie, claro. Y últimamente, también con Winnie.

—¿Y qué me sugieres? Algo tendré que hacer. Padre obviamente no va a marcharse y dejar atrás sus agobios celestiales<sup>5</sup>. Todavía está hecho un chaval. Hace un millón de flexiones, ¡a su edad!, y ni siquiera suda un poquito. Soy el heredero de un trono que nunca podré heredar. A no ser que lo tome por la fuerza.

Esto lo podía entender. Lo mismo acababa de suceder en Inglaterra, cuando el Príncipe Carlos, justo antes de su cincuenta y ocho cumpleaños, había perdido por fin la paciencia, y, después de confiscarle todos los perritos y los sombreros, había encerrado a la Reina en la Torre de Londres. Su presencia había incrementado notablemente los ingresos por turismo.

---

5. Referencia al famoso discurso de «Ser o no ser» de *Hamlet* (acto 3, escena 9). (N. de la T.)

No obstante, no podía ver en qué iba a ayudar a Jesús el ser crucificado, a no ser que tuviese la intención de llevarse los clavos consigo y clavarlos en la cabeza desprevenida de Dios.

—Mi crucifixión será un trabajo fantástico de relaciones públicas. En épocas futuras me venerarán a mí, no a Padre.

Soy un blando, como sabéis. ¡Mirad cómo había perdonado a Mabel por abandonarme en la Tierra de Nod! No quería que se crucificase en vano, así que señalé que Dios, de hecho, aún era venerado —al menos en mi tiempo— a pesar de que la gente tenía ciertas dudas de por qué tenía que haber utilizado al Espíritu Santo en vez de complacer Él mismo a María.

Jesús sonrió.

—Ah, pero eso es sólo el primer par de milenios. La gente por fin se dará cuenta de que enviarme para ser crucificado y salvar el mundo, en vez de tener los cojones de hacerlo Él mismo, fue moralmente reprochable. Sólo un poco menos salvaje que Saturno devorando a sus hijos, en realidad. Muy poco paternal. Habrá una campaña de odio en una cosa llamada el Internet. Para el tercer milenio, o eso es lo que me ha contado la Policía Temporal, los cristianos me venerarán sólo a mí, y Padre será visto como un sirviente del Demonio.

Tenía mis sospechas sobre lo que los Petas le habían contado a Jesús sobre el futuro estado de la Cristiandad. Debieron haberse dado cuenta de que, para que ellos llegasen a existir, la Crucifixión, y todo lo que siguió de la difusión del cristianismo, tenían que producirse. En una situación así, no dudarían en contar mentirijillas con tal de que la Crucifixión siguiese adelante. De hecho, más tarde descubriría que su presión iba más allá de esto. En cuanto a lo que habían hecho con la mujer que había matado a los soldados romanos originales, me aterraba pensarlo.

¡Y mira lo que intentaron hacernos a nosotros esos cabrones, después!

—Pero, ¿cómo va a ayudarte esto a llegar al trono? —le pregunté.

—Cuando los ángeles descubran que Padre simplemente me ha dejado morir, sin levantar un bendito dedo para salvarme, estoy seguro de que me apoyarán en un golpe de estado.

—¿Ganarás?

—¡No soy adivino! Pero sí, creo que sí. Mira, Dios sólo es tan poderoso como la cantidad de gente que cree en él y le venera. ¡Y pase lo que pase, me tratarán con más respeto, eso seguro!

En ese punto le tiró al suelo otro sucedáneo de soldado romano, que esperaba causarle una buena impresión. Este último se

acordó de escupir. Limpiándose el escupitajo de la cara, Jesús le miró, le dio las gracias, y dijo, con una expresión un pelín chulesca:

—Oye, por cierto, tengo la intención de levantarme de entre los muertos, y vagar un poco antes de Ascender. Puede que me dé un paseíto hasta Emaús, siempre he querido ir allí. ¿No crees que eso sería una idea bastante guay?

Me abstuve de contestar. Estaba bastante seguro que los Petas le habían dado esa idea, también.

(Judas nos contó más tarde que Jesús ya se estaba muriendo de una enfermedad bastante horrible, que había pillado con tanto imponer las manos y resucitar cadáveres sin lavarse sus divinos dígitos después, así que estaba simplemente tratando de poner al mal tiempo buena cara: mejor salir con la gloria de una Crucifixión que consumirse innoblemente. Puede que fuera eso. Pero Judas no me parecía ser un tipo muy honesto. ¡Vamos, treinta piezas de plata por señalar al tío más bajito en Jerusalén! ¡Un robo a plena luz del día!)

Todavía me pregunto qué fue primero en este bucle ridículo. Jesús había decidido hacerse crucificar porque los Petas (y otros Viajeros en el Tiempo, sin duda) le habían dicho que en el futuro sería venerado por esta acción. Pero probablemente ellos (como yo) sólo conocían la historia a través de los Evangelios porque ya había sucedido. Pero sólo había sucedido porque a Jesús le habían contado que iba a suceder. A no ser, claro, que los redactores del Evangelio se hubieran inventado todo este asunto, lo que quería decir que Jesús estaba a punto de hacer algo que no había sucedido nunca al principio. En cuyo caso, estaría alterando la historia, después de todo. Pero entonces los Policías Temporales no habrían permitido que sucediera. Pero entonces ellos mismos serían el producto de una historia alternativa.

Otro de esos interminables círculos viciosos. Al menos, todo eso no tenía nada que ver con nosotros. Mis antiguos miedos se disiparon.

Me rasqué la cabeza y me llevé a rastras a Bertie a desayunar. No había nada sino pan ácimo: se me había olvidado que era todavía la época de Pascua.

Sabía que Jesús no iba a ser crucificado hasta la tercera hora, que por alguna razón nunca comprendí que significaba las nueve de la mañana, así que trabamos conversación con otro Viajero del siglo veintidós, que había sido reclutado también como romano sustituto, y que había llegado unas semanas antes que nosotros. Un ornitólogo, por lo visto, que había pasado toda su vida estudiando a los colibríes. Nos reveló que los evangelistas habían sido

un poco creativos con la verdad. Los cinco panes y dos peces, por ejemplo: de hecho, eso es lo que había quedado *después* del Sermón de la Montaña. También resultaba que los espíritus impuros que se habían ahogado con los cerdos gadarenos eran en realidad un grupo más bien grande de pigmeos Ayon más bien pequeños, Viajeros de Papúa-Nueva Guinea, que habían desatado la ira de Jesús tras una animosa defensa del animismo y una igualmente visceral apología del canibalismo. Les persiguió por las calles. Un prestamista, todavía escocido por un arranque previo de ira profética, les había contado cómo Ulises había escapado del cíclope Polifemo aferrándose al vientre de las ovejas del gigante, y persuadió a los pigmeos de Papúa para que hicieran lo mismo con los cerdos enloquecidos. Nadie, sin embargo, había mencionado los barrancos. También parecía que Lázaro, aunque sí que había sido resucitado de entre los muertos, se había tambaleado en círculos unos cuantos segundos, para luego gruñir, exclamar: «Por Dios, ¡tengo una resaca de muerte!», hurgarse con el dedo en la nariz, y por fin palmarla de nuevo, tan muerto como el loro de los Monty Python<sup>6</sup>. Elías había hecho un trabajo bastante mejor.

Ahora bien, por supuesto, todo esto no quería decir que Jesús no fuera realmente el Hijo de Dios, sólo que las cosas no estaban tan claras como algunos querían hacernos creer.

De todas maneras, aceptamos seguir con sus planes, y nos pusimos nuestros uniformes de romanos. Bertie tenía un aspecto bastante apañado: sus piernas Regeneradas estaban bastante bien formadas. Había como cien de nosotros en el asunto. Los otros Viajeros no sabían nada —su función era regresar a sus propias épocas, y confirmar la realidad histórica de la Crucifixión. Debo admitir que nos sentíamos un tanto superiores con nuestros bonitos uniformes y nuestro secretito. ¡Si lo hubiéramos sabido!

Bueno, me imagino que todos conocéis la historia, así que no la repetiré, sólo aclararé algunos errores.

Judas, por ejemplo. Casi nos habíamos encariñado con el bueno de Jota, excéntrico o no, así que ahorcamos a Judas, hicimos que pareciese un suicidio, y utilizamos las piezas de plata para pagar unos piscolabis durante la Crucifixión. Ése fue el tecnicismo que los Petas pensaban utilizar contra nosotros más adelante. (Sí, ya conozco esa historia en los Hechos de «cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron», pero eso era sólo una pequeña exageración de Pedro, que esperaba distraer a la gente de los tres cantos de aquel gallo tan chivato).

6. En ese sketch, los Monty Python juegan con los numerosos eufemismos que tiene la lengua inglesa a la hora de referirse a la muerte, con la excusa de la supuesta muerte de un loro. (N. de la T.)

El trueno y el terremoto, por supuesto, eran tan sólo tecnología del futuro, como lo fue también la Estrella de Belén, que me dijeron que normalmente coronaba la Cúpula de la futura Bolsa Mundial.

Pero sí que quiero contaros lo de Bertie. Se lo debo. Sé que a veces puede que haya hablado de él con cierta aspereza, pero cuando importó de verdad, sacó lo mejor de sí mismo. Puro valor británico a la antigua.

También os ayudará a aclarar algunas contradicciones aparentes en los Evangelios.

Primero, eso sí, tengo que refutar a aquellos que acusan a Jesús de ser un llorica por gritar en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Dejadme deciros que mostró una asombrosa fortaleza durante todo el procedimiento, y que cuando pronunció esas palabras, le guiñó el ojo a Bertie y susurró, «¡Eso les volverá contra él!». Fue un orgullo para toda la gente de estatura poco ostentosa.

Ah, diréis, ¿y cómo es que Bertie estaba tan cerca?, ¿cómo es que nadie más vio a Jesús guiñar un ojo? Sí, bueno, esas contradicciones que mencioné...

Veréis, uno de los ladrones había caído en la cuenta de que en realidad los soldados romanos no eran soldados en absoluto, y, sintiéndose insultado ante la perspectiva de ser crucificado por esquirolas civiles, ¡se largó media hora antes de la hora a la que la crucifixión estaba prevista! Ningún sentido de la historia, ni de la oportunidad.

—¡Tengo que tener dos ladrones! —gritó Jesús, que para ese momento estaba, naturalmente (había estado toda la noche en vela) mostrando señales de tensión—. ¡Simetría!

¡Simetría, y unas narices! Eran esos Petas presionándole otra vez. Bueno, salieron al paso, nos hicieron echarlo al palito más corto, y lo sacó Bertie. Me gustaría pensar que esto fue un hecho completamente aleatorio, aunque esa misma apariencia desafortunada suya que nos había asegurado el acceso instantáneo al estudio de Leonardo probablemente influyó en la distribución de los palitos. Como si todos sus sufrimientos anteriores hubiesen estado, de algún modo, conduciéndonos a esta apoteosis final.

Supongo que podría haber convocado al MME para sacarnos de ahí rápido, pero me di cuenta de que si tenía éxito (improbable, con los Petas vigilando la MT), estaría, de hecho, cambiando el pasado. Jesús había muerto con ladrones a ambos lados. La viajera fundamentalista había creado otro agujero en el pasado, y era el destino de Bertie llenarlo.

El propio Bertie parecía tener algunas dudas sobre este honor. —¡'ditasea, 'ditasea, 'ditasea! —dijo.

Por un momento, pensé que estaba conjugando algún olvidado verbo latino, pero luego me di cuenta de que era una sentida queja, aunque bastante egoísta, en contra de su destino.

Pero Jesús susurró:

—No te preocupes, me ocuparé de que estés bien —después de eso, no me sentí tan mal por ello, y de hecho me sentí algo dolido por el mudo reproche en los ojos de Bertie.

Nos despedimos con lágrimas en los ojos, y Bertie fue levantado hacia la cruz con expresión de mártir.

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino —dijo, acordándose de mantener su curioso modo de hablar, y Jesús juró que lo haría, y que compartirían una caña o dos esa misma noche en el Paraíso. Pero entonces se dio cuenta de que podían oírles, y le susurró a Bertie:

—Mejor empiezas a insultarme, rápido, o empezarán a sospechar.

Así que Bertie le soltó unos cuantos tacos realmente vomitivos, a los que el otro ladrón añadió un estribillo muy sentido.

Pero noté que un judío, que tenía aspecto de doctor, se rascó la cabeza con sorpresa. Había estado aún más cerca que yo de la cruz, y debió haber oído la primera parte de la conversación. Me imagino que los otros evangelistas más tarde desecharon su asombroso testimonio, pero San Lucas decidió creer a un colega de profesión, e incluyó esa versión en su evangelio.

Jesús tuvo algo más de lo que se esperaba, el pobre. Estaba muy ilusionado con eso de tomarse la crucifixión como un Hombre, e incluso utilizó sus conocimientos de carpintería para criticar fríamente la chapucera construcción de su cruz y la mala calidad de los clavos, pero no había contado con lo cerca que iban a estar unas cruces de otras. Eso, estoy seguro, es por lo que él, supuestamente un dios —o, a estas alturas, un semidiós— murió antes que los otros dos, que eran simples mortales. Si estuviérais en una cruz al lado de Bertie, y resultaseis ser tan bajitos que vuestra cabeza no estuviese muy por encima de las partes bajas de Bertie, ¿no entregaríais también vuestro espíritu lo antes posible? Y las fosas nasales divinas son conocidas por ser particularmente delicadas.

También explicaba por qué el grupo de las plañideras estaba a cierta distancia y «mirando desde lejos», como expresaron los Evangelios con tanto tacto. Le pregunté a alguien quién era María Magdalena, preguntándome si le apetecería un traguito después.

Aun así, a pesar de Bertie, Jesús consiguió resistir durante seis horas ahí arriba, incluyendo tres en casi completa oscuridad

(algo que habían arreglado los Petas para llamar la atención), y no fue hasta la mitad de la tarde que por fin murió.

En ese momento, observé como dos saduceos bastante mal vestidos se levantaban y se iban, riéndose entre dientes y comiendo plátanos. Escuché por casualidad cómo uno de ellos decía:

—¡Mucho amenazar, y mira! No hemos tenido que esperar mucho, ¿no?

Era imposible, por supuesto, pero pensé que los había reconocido.

Los Petas estaban listos, y el velo del templo se rasgó de arriba a abajo, la tierra tembló, las rocas se rajaron, y los soldados de mentira se fueron a su campamento cercano para unos tragos de celebración, y, como creían ellos, a recibir unas Medallas de Crucifixión, antes de regresar a sus propias épocas. Mi entusiasta de los colibríes me invitó a unirme a ellos. Agradecido, acepté la oferta, y había empezado a seguirles cuando dijo:

—O sea, bueno, por supuesto tú querrás quedarte con tu amigo hasta que... bueno, ya sabes. Te guardaremos algo de bebida.

—Gracias —dijo, después de haber metido la sedienta pata— por supuesto, no podría marcharme mientras... Hasta luego.

Para pasar el rato —¿por qué tenía Bertie que hacerlo todo tan *despacio*?— filmé en secreto cómo bajaban a Jesús de la cruz. María Magdalena se había acercado ahora, pero no las otras mujeres. ¿Era esto una señal de interés en mí? Es cierto que tengo una figura bastante imponente, y mis duras facciones tienen un aire bastante noble, no puedo negarlo.

—¡Pss! —dijo Bertie, tratando de captar mi atención.

Me acerqué, grabando «Maria ama a N con locura y con razón» en la Vera Cruz para esconder mis verdaderas intenciones.

—¿Qué? —susurré.

—Jesús ya se ha muerto, ¿no? ¿No podrías bajarme de aquí ya? ¡Duele de narices!

Pensé con cierto rencor que no había sido cómodo para mí tampoco, ¡seis horas de pie nada menos! Pero antes de que pudiera hacer nada, María Magdalena dejó su silencioso llanto, me miró y siseó:

—¡Ni se os ocurra! Ya habéis causado bastantes problemas. No vamos a tener más complicaciones. ¡Largo de aquí!

Mientras hablaba, su capucha cayó hacia atrás un momento. Sólo pude ver su cabeza un segundo, pero fue suficiente: ¡María Magdalena era una Peta!

Moví la boca en silencio para decirle «Perdón» a Bertie, y me fui a pensar en mis cosas. De verdad que lo sentía por Bertie, pero no pensaba meterme con una Peta cabreada.

Después de meditarlo en profundidad, decidí que, después de todo, me uniría a los otros «soldados».

Ha habido muchos malentendidos y bastante rencor innecesario sobre esto. Se me ha acusado, no sólo de permitir que crucificaran a Bertie, sino también de ir a agarrarme un buen pedo mientras él estaba colgado en la cruz.

Esto debe ser visto en el contexto del siguiente problema.

Nuestras instrucciones originales habían sido quedarnos y rodar el Movimiento de la Piedra también, pero la crucifixión de Bertie había puesto en peligro esa idea. Era imposible que yo lo salvara, y no podía mantener su cuerpo aquí durante tres días, porque podría empezar a descomponerse, y hacer imposible que lo Regeneraran esta vez. Los médicos se habían puesto ya bastante quisquillosos después del último Viaje.

Por otra parte, si Viajábamos de regreso ahora, dejaríamos el trabajo a medias. La muerte de Jesús no era prueba de que fuera realmente un dios. Un montón de gente bastante normal ha elegido ese modo de dejar el mundo a lo largo de la historia. Los judíos locales, de hecho, lo tomaron, perversamente, como prueba de que *no* era un dios. La verdadera prueba sería que resucitara al tercer día.

Aunque los Petas le habían asegurado que éste sería el caso, ni el mismo Jesús estaba seguro al cien por cien de que podría ejecutar ese truquito tan ingenioso. Hacia el final, por fin había caído en por qué los Petas estaban tan desesperados por ayudarle. «Si mi cuerpo no se levanta de entre los muertos, la historia habrá cambiado, y vosotros estáis bien y ciertamente jodidos», dijo bruscamente, «así que más os vale aseguráros de que si no me las apañó yo solo, mi cuerpo no esté ahí cuando muevan la Piedra».

No querría sonar poco cristiano, pero quizá Jesús era tan insistente en este asunto porque no quería que las generaciones futuras encontrasen sus huesos y descubriesen lo bajito que era en realidad. La gente tiene unos requisitos mínimos para sus dioses. Discriminación religiosa de lo peor, pero qué se le va a hacer.

Resumiendo, si no abandonaba Jerusalén rápidamente con Bertie (o con el cuerpo de Bertie), se pudriría más allá del punto de Regeneración; pero si me marchaba, no tendría manera de saber si Jesús resucitó de entre los muertos o si los Petas habían movido su cuerpo en su lugar. En otras palabras, nuestra misión habría fracasado por completo.

¡¡Pero entonces tuve una idea!!

Era una idea tan buena que no voy a disculparme por darle un párrafo para ella sola y dos signos de exclamación.

Tenía que ver con la fiestecita a la que me había invitado el entusiasta de los colibríes.

Esos «soldados» venían todos de futuros bastante lejanos. Así que casi con seguridad tendrían medicinas avanzadas así como Máquinas avanzadas. Porque, no importa lo avanzadas que fueran sus Máquinas, debe haber siempre un riesgo de accidente, o de quedarse atrapados en el pasado. Por tanto, ¿no sería lógico que tuviesen pastillas anti-descomposición, sobres de formaldehído o algo, para preservarlos hasta que pudieran ser rescatados? Y si ese era el caso, y si pudiera conseguir algo de esas cosas, entonces podría mantener a Bertie en buenas condiciones, y por tanto sería capaz de quedarme ahí durante los tres días planeados, y completar la misión.

Me sentía casi optimista mientras paseaba hacia el campamento.

Por culpa de los silbidos, no me di cuenta del inusual silencio que había hasta que llegué allí. Caray, hasta los pájaros debían haber dejado de cantar, como suelen hacer en estas ominosas situaciones. Pero no lo sé seguro, nunca escucho a esos ruidosos bichos de todas formas. Las mesas de caballete, los vasos de plástico, y los paquetes de patatas fritas vacíos seguían ahí. Pero los viajeros no. El campamento estaba completamente desierto.

Aunque no completamente. Aún quedaba una persona ahí.

¡Un Peta!

—¡Ah, te estaba esperando! —dijo.

Es curioso que las armas del futuro lejano tengan un aspecto tan parecido a las nuestras. Aunque la que estaba apuntándome ahora era probablemente capaz de espolvorear trozos de mí en el cinturón de asteroides.

—Sin testigos —dijo.

Mi primer pensamiento fue que esto sonaba ominoso; el segundo, que sonaba *realmente* ominoso. Estaba empezando a juntar las piezas. Jesús había dicho algo de una Viajera en el Tiempo bienintencionada que había masacrado a todos los soldados romanos originales. Así que los Petas habían «trasladado» un centenar de nuevos «soldados» para que pudiese seguir con su altamente excéntrico plan de tomar el poder último. Claramente no nos habían esperado a Bertie y a mí, pero un par de soldados más no eran mucha diferencia.

Pero al centenar de personas que sabían lo que había pasado de verdad *no se les podía permitir regresar a su propia época para revelar tal conocimiento*. Porque entonces el cristianismo, al menos en su forma tradicional, sería reconocido como un engaño, y eso también, inevitablemente, alteraría la historia.

Reaccioné a este ligero *contretemps* a mi manera habitual: caí de rodillas, y rogué clemencia. Mis detractores han decidido mostrar esto como un acto de cobardía. Tonterías: la historia nos enseña que si caes de rodillas y ruegas clemencia, a veces resulta que recibes clemencia, lo que puede darte una oportunidad más adelante para ensartarle las pelotas al tipo que hizo que pidieras clemencia en primer lugar.

Vale, puede que el lloriqueo hubiera sido un poco exagerado, pero, vamos, ¡todos tenemos nuestras idiosincrasias!

—Oh, para ese lloriqueo tan idiosincrásico, no he venido aquí a matarte —dijo el Peta, su voz insinuando un desprecio que mostraba claramente que el obtuso idiota no era consciente de la profunda astucia de mi estrategia.

—Entonces, ¿por qué me estás apuntando con esa cosa?

—Porque hace que la gente lloriquee, y esa es una de las alegrías que me compensan por mi bajo salario y este uniforme tan ridículamente estrecho y siniestro.

—Oh, ya veo —paré de lloriquear—. Entonces, ¿qué querías decir con eso de «sin testigos»?

—En realidad, me he expresado bastante mal. De hecho, ellos sí que quieren dejar testigos, pero dejarlos *aquí*, en el pasado, para que no haya testigos en ninguna otra época. Bueno, no exactamente aquí, en este lugar, claro, sino en alguna otra parte, donde nunca les encuentren.

—¿Por qué dices «ellos»? Eres un Pet... de la Policía Temporal, ¿no?

—Bueno, en cierto modo sí. ¿Por «Policía Temporal» supongo que te refieres a la gente que te confiscó la Máquina del Tiempo esta mañana?

—Por supuesto.

—Sí, son Policías Temporales. Pero, ¿qué te hace pensar que hay Policías Temporales sólo de una era?

Tuve que pensar unos segundos.

—¡Claro! ¡En cada generación habrá nuevos Petas! Evolucionarán, como la policía inglesa evolucionó de los Bow Street Runners<sup>7</sup>!

Empecé a sentir un gran alivio.

—Entonces, ¿vienes de un tiempo distinto del de los Petas que nos registraron?

—Exacto.

—Pero tu uniforme...

---

7. Los Bow Street Runners fueron la primera fuerza policial profesional de Londres. Comenzaron a trabajar a mediados del siglo XVIII. (N. de la T.)

—... es exactamente el mismo. Pero que lo lleve puesto no significa necesariamente que sea mío. ¿No podía pertenecer a otra persona?

Eché un vistazo a su arma.

—¿Quieres decir...?

—Pues sí.

—Entonces, ¿por qué estás tú aquí? —pregunté.

—Me han enviado para que te ayude.

—¿Enviado? —Mi mente saltó inmediatamente hacia Moroni—. ¿Quién te ha enviado?

—Eso no importa. ¡Lo importante es que Bertie y tú regreséis a vuestro tiempo con vuestra Máquina del Tiempo!

¡Claro! Mi MT era el prototipo. Si se quedaba atrapada en la Palestina del siglo primero, las Máquinas del Tiempo posteriores, más avanzadas, tal vez nunca fueran construidas.

Pero los Petas —los otros Petas— también debían haber sabido esto. Es lo que le dije a mi nuevo aliado.

—¡Por supuesto que lo saben! Tienen toda la intención de devolver vuestra Máquina del Tiempo a donde pertenece. Pero sin ti y sin Bertie. Creen que las otras máquinas serán construidas de todos modos, tanto si estáis ahí como si no, porque los ingenieros todavía tienen tus planos.

No señalé que nunca les había dejado ver los planos originales.

—Pero, ¡todavía se arriesgan a cambiar su propio pasado! ¿Qué tienen contra nosotros? ¡Hombre, si hasta rescataron a Bertie en San Petersburgo después del asunto de Rasputín!

—Puede que sea así. Todo lo que sé es que esta vez alguien del futuro les ha ordenado que eviten que Bertie y tú regreséis, y que a mí me ha ordenado otra persona aún más lejos en el futuro que evite que eviten que Bertie y tú regreséis. ¡En lo que a mí respecta, puede que haya otro Policía Temporal de un futuro todavía más lejano que está intentando ahora mismo evitar que yo evite que ellos eviten deteneros! ¡Así que te sugiero que nos movamos!

En ese preciso instante, un extraño objeto con forma de tubo se materializó junto a nosotros. Tres Petas —al menos, asumí que eran Petas— saltaron de su interior, apuntándonos con sus armas. Pero antes de que nadie pudiese disparar, una red culebreó desde arriba, envolvió a los tres y les arrastró hacia arriba, mientras ellos se retorcían. Pronto desaparecieron.

—¿Ves? —dijo mi Peta, bajando su arma—. Les han enviado para detenerme a mí, y otro ha sido enviado para detenerles a ellos. ¡No puedes ni imaginarte lo estresante que es este trabajo!

Tanto como el de un catador para emperadores en horas bajas, o el de un profe de secundaria. Nos dan un bono especial llamado el Dividendo por Paranoia Philip K. Dick. Podría haber miles de facciones distintas jugando a la comba con las ondas temporales, cada una tratando de evitar que la otra haga cambios ilegales. La mayoría de los cambios no autorizados acaban por ser Rectificados tarde o temprano, porque cuanto más adelantas en la Línea Temporal, más poderosos son los Guardianes del Tiempo, hasta que llegas a los Definitivos, aunque a veces hay retrasos irritantes. Una vez alguien estuvo mangoneando tanto el pasado —*mi* pasado, tu futuro— que descubrí que yo era un peluquero de mujeres que ceceaba —un *peluquero*, ¡imagínate qué humillación!—, y así durante tres meses, hasta que las cosas se arreglaron otra vez. ¡Otra vez me levanté por la mañana y descubrí que a mi mujer el pelo púbico le medía un metro! Está bien para todos los demás: las cosas cambian, pero puesto que ellos cambian también, no se dan mucha cuenta de ello. Así que si una mujer de repente luce un metro de pelo púbico, se cree que siempre ha sido así. Pero nosotros tenemos chips trans-temporales implantados que nos permiten recordar cómo eran las cosas en realidad. No seríamos muy eficaces si no.

Movió la cabeza con tristeza.

—Y justo cuando acababa de acostumbrarme al Matojo de Venus, y que de hecho había descubierto que mi mujer ya no me ponía sin él, ¡algún Guardián oficioso va y lo rectifica!

No me interesaban nada estas locuras capilares.

—Y entonces, ¿qué hago ahora? Bertie todavía está colgado en la cruz.

—Ya lo sé. Sólo están esperando que devuelvas su cuerpo a tu Máquina del Tiempo, donde os capturarán, os pondrán con los otros, y te llevarán donde nadie pueda encontrarlos.

—Pero ¿cómo sabías que dejaría a Bertie en la cruz y vendría aquí?

—Fue una suposición acertada. Estudiamos a conciencia a la gente con la que nos involucramos, ya sea para salvarlos o para matarlos. Lo llamamos hacer un Perfil.

Decidí que éste no era un buen momento para ofenderse.

—Y entonces, ¿qué hago ahora? —repetí.

—¿Puedes controlar tu Máquina del Tiempo a distancia?

—La Máquina, no. Sólo el Módulo de Movilidad Espacial.

—Eso servirá. Tráelo acá. No tratarán de evitar eso. Estarán esperando dentro o alrededor de la Máquina del Tiempo a que llegues con el cuerpo de Bertie.

—Y entonces, ¿qué?

—Iré contigo, y freiré a todos los guardias —miró afectuosamente a su arma.

—¿Disfrutas con tu trabajo?

—Con este aspecto de él, sí.

No estaba muy contento pensando en todo este asesinato de policías. Después de todo, ellos habían salvado a Bertie en San Petersburgo. Él comprendió mi expresión.

—Sólo estarán muertos un rato, claro. Serán Arrancados de vuelta hacia su propio tiempo, Resucitados, y con un día extra de vacaciones en compensación por su muerte. ¡O a lo mejor un mes de trabajos forzados por cagarla!

—Hay Petas alrededor de la Cruz, también —le informé.

—Hmm, ¡sí que están teniendo cuidado! Este Bertie parece ser más importante de lo que pensaba.

Enrojecí, enojado.

—También van detrás de mí —dije, con algo de altanería.

—Sí, parece que tu también juegas un pequeño papel.

—¡Un pequeño papel!

—Petas en la cruz, también, ¿eh? Déjame adivinar... una será María Magdalena, me apuesto lo que sea, es su estilo, y otro... sí, otro, no me importaría apostar, podría ser el otro ladrón, de refuerzos...

¡No lo había pensado!

—Pero, ¿cómo...?

—La mentalidad policial, la mentalidad. Bueno, no importa. Tendremos el elemento sorpresa. Convoca al Módulo de Movilidad ahora, se nos acaba el tiempo.

Así lo hice, y después me agaché detrás de una roca.

—Puede que haya muchos Petas dentro. No quiero ponerme en tu camino y estorbarte —le expliqué.

Pero el Módulo llegó sin problemas, y vacío.

—Vamos, ¡sube! —me ordenó mi protector—. Tenemos que movernos rápido ahora.

Dejé que me arrojara dentro del MME.

—¡Hacia el Gólgota! —gritó.

No tardamos casi nada en llegar, y se cargó a María Magdalena antes de que tuviera siquiera tiempo de quitarse la capucha o decir un avemaría. Había estado equivocado con respecto al otro ladrón, que estaba colgado de su cruz bastante muerto (a no ser que hubieran dado el cambiazo), pero le pegó un tiro también, por asegurarse.

—¡Joder! —dijo Bertie.

*¡Todavía no estaba muerto! ¡Cretino cabezota!*

—¡Bájalo! Tenemos como cinco minutos antes de que los Petas se den cuenta de que algo va mal.

¡Justo cuando necesitas un martillo de orejas, no hay ninguno a mano! Tiré y estiré, pero no pude conseguir que los clavos de Bertie se movieran ni una micra. De verdad que no veía por qué Jesús se había quejado de su calidad. Recordé ese poema de Longfellow sobre el piquituerto que había intentado arrancar los clavos de la Cruz con su pico, torciéndolo bastante en el intento. Y sí, lo habéis adivinado, él también fracasó.

—¡Vamos —gritó mi protector— si tardamos demasiado, enviarán una fuerza a investigar!

No tenía elección. La cruz era demasiado grande para caber en el MME. Era un claro caso de Mahoma y la Montaña: si no podía sacarle los clavos a Bertie, tendría que sacar a Bertie de los clavos.

¿Habéis intentado quitarle alguna vez el tapizado a una silla estilo eduardiano? ¿Habéis visto cómo se quedan siempre trozos de tela, como halos deshilachados, alrededor de las tachuelas? Bueno, pues lo mismo pasó con Bertie, aunque la mano izquierda salió bastante bien, no sé por qué.

Bertie aulló y me insultó una barbaridad. Le perdoné, había tenido un mal día.

Arranqué la mayor parte de él de la cruz, y lo puse en el MME, y después allá nos fuimos a la misma velocidad de vértigo hacia el punto de control de la Policía Temporal donde nos habían registrado antes. Vi a mi Máquina del Tiempo en un barracón. Rodeada, como mi nuevo aliado había supuesto, por media docena de guardias desprevénidos.

Me acoplé y, a una señal suya, abrí la escotilla hacia la MT. Se arrojó a través de ella, acribilló a dos Petas que estaban en medio, y después se abrió paso a través de la compuerta principal hasta el barracón, liquidando a diestro y siniestro con alegría.

Pero uno de los Petas dentro de la MT no estaba muerto, y vi cómo apuntaba su arma en mi dirección. Sumamente consciente de que era de importancia capital que sobreviviese para que Bertie llegase sano y salvo a nuestro propio tiempo, dejé a un lado mi instinto guerrero natural, y desinteresadamente utilicé su cuerpo para protegerme. Me congratulé por la sabiduría de mi decisión mientras escuchaba el golpe sordo de tres balas contra su cuerpo. Sabía que me lo agradecería cuando se diera cuenta de por qué lo había hecho.

—¡Vale, ya está, misión cumplida! —dijo nuestro aliado, apareciendo por la entrada de nuevo. Notó la presencia del Peta superviviente. Chasqueó la lengua, lo remató, enfundó su arma, en-

tró de un salto, y arrastró a los dos cuerpos hacia fuera donde los apiló sobre los de los otros.

—Ha sido un honor servir a Bertie... y a ti, claro. ¡Y me van a dar un bono! Que tengas un buen viaje.

Deslizó su mano dentro de su uniforme —y desapareció. Otra Máquina del Tiempo miniaturizada, supuse.

Miré un instante a la carnicería de afuera (¿cómo era posible que Bertie fuera tan importante?) y puse rumbo a casa.

Bertie no habló: las balas, por fin, lo habían matado.

\*\*\*

Bueno, tuve que enfrentarme a la misma incomprensión e ingratitud de siempre cuando regresamos. Bertie, una vez más, se quedó con toda la gloria, aunque lo único que había hecho había sido colgar indecorosamente de una cruz durante unas cuantas horas, y recibir unas cuantas heridas de bala, mientras que *yo* había tenido que tomar todas las decisiones difíciles.

Después de mostrar su desagrado de nuevo, lo que requirió mi inmediata hospitalización, el padre de Bertie me hizo alterar algunos detalles. En la versión pública, por ejemplo, Bertie *insistió* en compartir la cruz con Jesús, y también le contó unos cuantos chistes para animarle hacia el final. Casi inmediatamente surgió una secta proclamándole el nuevo Mesías, conmigo en el papel de Judas.

Comparado con su tratamiento en Roswell, el Calvario había sido pan comido para Bertie, aunque él no lo vio de ese modo. Piernas rotas, un poco de extensión interna y algunos agujeros —nuestro equipo médico, ahora con gran experiencia y esperando siempre lo peor, le tuvieron en pie y en marcha casi enseguida.

Pasé mucho tiempo preguntándome qué había pasado con los otros «soldados». Y con el ladrón que se había largado. ¿Lo habrían matado los Petas? Y entonces, un día, estaba sentado con Maria viendo un programa sobre Nazca en Perú, y maravillándome con las largas líneas paralelas y enormes dibujos que habían sido creados allí en las rojas rocas del desierto hace unos dos mil años. En total, cubren un área de unos trescientos kilómetros cuadrados, y los dibujos son tan grandes que sólo pueden ser apreciados desde el aire.

¡Incluido un enorme colibrí!

¡Así que ahí fue donde los mandaron! Esos Petas se habían asegurado de verdad de que no pudieran volver a su propia época para revelar lo que había pasado realmente en Jerusalén. Sin duda

habían destruido todo lo que los Viajeros habían intentado construir, cualquier mensaje que hubieran intentado enviar. Pero habían olvidado lo obvio. La mentalidad, la mentalidad...

Sus pistas de aterrizaje todavía se extienden en la distancia, un recordatorio constante —para mí, al menos— de lo cerca que estas crónicas estuvieron de no escribirse jamás.

En cuanto a Jesús, me imagino que nunca sabré con seguridad lo que pasó. Puede que realmente lo consiguiera por sí mismo (después de todo, había fracasado por muy poquito con Lázaro) o tal vez los Petas movieron el cuerpo, para dejar la tumba vacía.

Pero la noche pasada tuve un sueño en el que se me aparecía y decía:

—Esta es una circular onírica. Un millón de gracias, chicos. Funcionó.

Tras él, una enorme figura, enjaulada y encadenada, con una voz muy potente —diría que tenía una voz de trueno si no pensase que me acusaríais de exagerar— le estaba amenazando con todo tipo de cosas, desde plagas y forúnculos a inundaciones e impactos de meteoros.

Me desperté, sintiéndome bastante satisfecho con que el bueno de Jesús fuera de verdad el Hijo de Dios y no sólo uno de los miles de locos que han afirmado ser divinos a lo largo de la historia.

Después recordé las visiones de Joseph Smith, y otra vez me llené de dudas. ¿No podría Moroni estar jugando conmigo como había jugado con el profeta mormón? Ni Bertie ni yo escuchamos ni vimos nunca nada que probase que Jesús era realmente un dios.

De lo único que podía estar seguro era de que en algún futuro muy distante había demasiados personajes amenazadores, demasiado interesados en Bertie y en mí.